



Antonio Astorgano Abajo

El poeta Meléndez Valdés y Aragón

Catedrático de Lengua y Literatura Españolas

El fatídico día, 11 de marzo de 2004, hizo doscientos cincuenta años que nació en un pequeño pueblo de Badajoz, Juan Meléndez Valdés 36 (Ribera del Fresno, 1754-Montpellier, 1817), uno de los más grandes poetas de la literatura española y, sin duda, el mejor en los dos siglos que van desde la desaparición de la generación de Lope de Vega y Quevedo hacia 1640 hasta la irrupción de la generación romántica (Espronceda, Duque de Rivas y Zorrilla) hacia 1840.

No vamos a resumir la treintena de trabajos que hemos publicado sobre dicho autor ni siquiera a trazar un bosquejo de su ajetreada vida de destierros, interiores por causa de su convencido reformismo (1798-1808) y exteriores por su afrancesamiento (1813-1817), ideológico más que político, ni a analizar su extensa producción poética (cerca de 500 poemas). Sólo insinuaremos sus relaciones con Aragón, derivadas de tres circunstancias: su amistad con Goya, su permanencia en Zaragoza durante casi dos años como magistrado de la Real Audiencia de Aragón (septiembre de 1789-abril de 1791) y su colaboración con la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

La amistad entre Goya y Meléndez

Ambos pertenecían a la misma generación ideológica y cronológica, pues Goya había nacido en 1746 y Meléndez en 1754. Ocho años justos de diferencia, ya que los dos nacieron en un mes de marzo.

La amistad entre Goya y Meléndez tuvo su origen en el verano de 1781 cuando fueron presentados por Jovellanos, amigo común, en el seno de la Academia de San Fernando. Sánchez Cantón ha demostrado que Goya asistió como Académico de Mérito, a la junta solemne de distribución de premios en la Academia de San Fernando, celebrada el 14 de julio de 1781, donde pudo oír a Jovellanos su discurso Elogio de las Bellas Artes y donde Meléndez, instigado y propuesto por el asturiano, obtiene un gran éxito poético con la lectura de su oda A la Gloria de las Artes.

En los veranos sucesivos, Meléndez irá a Madrid a convivir con su amigo Jovellanos, a cuya tertulia gustaba asistir Goya. Allí el pintor pudo oír las ideas en materia artística no sólo del poderoso Consejero de órdenes, que era Jovellanos, sino del tímido y dulce catedrático de Prima de Humanidades de Salamanca, pero firmemente documentado en estética, que era Meléndez. El hombre de pueblo, que era Goya, sin gran afición a los estudios históricos o teóricos, consideraba verdaderos sabios a los dos escritores de los que tenía mucho que aprender.

Los lazos amistosos de Goya y Meléndez se estrecharon fuertemente durante la estancia zaragozana de Meléndez, como alcalde del crimen de la Audiencia de Aragón, (septiembre de 1789 abril de 1791) donde se relacionó mucho con los amigos del pintor, Juan Martín de Goicoechea, Martín Zapater y Alejandro Ortiz, íntimos desde la infancia. Pasaron juntos las fiestas del Pilar de 1790, a donde se desplazó Goya desde el 12 de octubre hasta el 4 de noviembre. En esos pocos días, muy felices para Goya, fue nombrado socio de mérito de la Aragonesa en la junta general ordinaria del 22 de octubre, a la que asistió Meléndez. El aprecio y la confianza en los conocimientos artísticos y jurídicos del poeta extremeño, que los amigos de Goya, Martín Zapater y Martín de Goicoechea, tenían, se manifiesta en el hecho de que Meléndez fue el coordinador de la primera redacción de los estatutos de la Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, no aprobados por Floridablanca en 1791.

Durante la primavera y verano de 1797 el poeta extremeño reside mucho tiempo en Madrid persiguiendo su traslado a alguno de los tribunales de la Corte, de manera que en octubre es nombrado Fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. En esa temporada, sin duda, Meléndez volvió a tratar a Goya, lo cual fructificó en el retrato que Goya le hizo a Meléndez, fechado en 1797. Como el poeta-magistrado regresó a Valladolid inmediatamente después de tomar posesión de la plaza de fiscal (23 de octubre), el retrato debe fijarse entre mediados de abril y finales de octubre de 1797. Con más probabilidad en los periodos mayo-junio o septiembre-octubre, pues durante el verano Goya se ocupó de pintar el segundo retrato de su íntimo amigo Martín Zapater.

Goya hizo un estupendo retrato, un retrato de amigo, uno de los más hermosos por él pintados, que muestra la gran estima del aragonés por nuestro poeta en la cariñosa dedicatoria, «A Meléndez Valdés, su amigo

Goya, 1797» (Inglaterra, Barnard Castle, Bowes Museum). Los viejos amigos Goya, Meléndez y Jovellanos se reunían de nuevo en Madrid y debieron pensar que volvían los tiempos felices de la década de 1780-90.

No es de extrañar que el pintor aragonés reflejase en el Capricho 32 «Por que fue sensible», el drama del primer caso judicial en el que intervino su amigo el fiscal Meléndez. Se trata del asesinato del mayor comerciante de lienzos de Madrid, Francisco del Castillo a manos de un alocado pasante de abogado, y ex alumno de la Cátedra de Economía Civil y comercio de la Aragonesa, Santiago de San Juan, natural de Barbastro, quien enamorado de su prima, la mujer de Castillo, la zaragozana doña María Vicenta de Mendieta, acuchilló a Castillo en su lecho. Meléndez logró llevar al cadalso a los dos asesinos y Goya al lienzo la prisión, no del asesino material, sino de su cómplice, la viuda doña María Vicenta.

Meléndez en la Económica Aragonesa

Conocemos muy poco de su actividad como magistrado de asuntos criminales en la Audiencia de Aragón, por la costumbre de destruir los expedientes de las causas penales. Sin embargo nos consta que colaboró intensamente con la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, pues, de las noventa juntas generales celebradas durante su permanencia en Zaragoza, Meléndez asistió a cuarenta y cinco, en las que pudo tratar a los más notables personajes de la Ilustración aragonesa. En primer lugar, al Director Antonio Arias Mon, hasta mediados de junio de 1790, cuando partió hacia Cáceres por haber sido nombrado regente de la recién creada la Real Audiencia de Extremadura. Fruto de esta amistad es el que Meléndez le redactase el magnífico Discurso sobre los grandes frutos que debe sacar la provincia de Extremadura de su nueva Real Audiencia, y plan de útiles trabajos que ésta debe seguir para el día solemne de su instalación y apertura, que Mon leyó el 27 de abril de 1791, pero que con certeza fue escrito en la casa de la calle Mayor de Zaragoza, domicilio del poeta. Intimó con el censor segundo Hernández Larrea, el catedrático de Matemáticas Luis Rancaño, el catedrático de Economía Lorenzo Normante, Ignacio de Asso, etc.

Las actas de la Aragonesa son fiel testigo de las numerosas gestiones de Meléndez: repartir carteles en el barrio de su cuartel del Arrabal (octubre de 1789), felicitar al marqués de Ayerbe y a su hijo el Barón de Sánchez y Torrellas por su Grandeza de España (noviembre), agradecer al Cura del Arrabal el envío de alumnos a la Escuela de Agricultura (marzo de 1790), redactar un informe sobre educación infantil, que probablemente no finalizó, la redacción de los estatutos de la Escuela de Dibujo (actual Academia de Bellas Artes de San Luis), e infinidad de comisiones relacionadas con las Escuelas de Dibujo, Agricultura y Matemáticas, con las obras de la nueva sede de la Sociedad en el antiguo Seminario y con la adjudicación de premios. Este trabajo se traduce en el aprecio reflejado en los ocho votos que recibe Meléndez para subdirector en noviembre de

1790 y en ser portavoz de la Real Sociedad Económica Aragonesa en algunos momentos de especial solemnidad.

La intensa colaboración de Meléndez con la Real Sociedad Aragonesa fue un ilusionante paréntesis en los contratiempos y vicisitudes de su azarosa vida. Él, que era uno de los intelectuales más cultos de la España de su tiempo, se implica profundamente en la praxis del equipo de reformistas aragoneses, uno de los más amplios, coherentes y filantrópicos de nuestra Ilustración.

Conforme profundizamos en el pensamiento de Meléndez se nos va descubriendo como uno de los miembros más radicales de nuestra generación (el ministro de Gracia y Justicia a Jovellanos, el de Hacienda a Francisco de Saavedra, Cabarrús, etc.), que, incluso llegó a ostentar el poder durante unos meses en 1797-1798, y cuyo fracaso supuso la última oportunidad de modernizar la España del Antiguo Régimen. Poco después, los Caprichos de Goya, también de 1798, reflejan el drama ideológico de aquel grupo de gobernantes.

Nunca sabremos la trascendencia del fracaso de la «generación de los ilustrados» (Goya, Jovellanos, Urquijo, Saavedra, condesa de Montijo, conde de Ezpeleta, Meléndez...), aunque su importancia histórica ya fue sugerida por Manuel José Quintana: «Entonces fue cuando se nombró a Jovellanos ministro de Gracia y Justicia, a Saavedra de Hacienda, y al conde de Ezpeleta gobernador del Consejo: tres hombres dignos sin duda y capaces de restaurar el Estado, si el Estado no hubiese tenido ya una enfermedad incurable, más poderosa que su capacidad y sus fuerzas». Nunca sabremos si de haber triunfado los ilustrados en 1798, no habría existido la generación de 1898. Algunos de los regeneracionistas de fines del siglo pasado, como Joaquín Costa o Azorín, admiraban sinceramente a sus predecesores de un siglo antes.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

